

AURELIO MENÉNDEZ, MAESTRO UNIVERSITARIO*

JUAN LUIS IGLESIAS PRADA**

El Rector, mi buen amigo JOSE LUIS GARCIA DELGADO, me ha conferido el alto honor de pronunciar la *laudatio* del Prof. AURELIO MENENDEZ con ocasión de la entrega de la Medalla de Honor de esta Universidad Internacional Menéndez Pelayo que con tanta justicia y acierto le ha sido concedida. No es infrecuente que quienes se encuentran en tesituras como ésta indaguen acerca de las razones que legitiman su intervención. Y puestos a hacerlo sin la retórica que también abunda en situaciones semejantes, creo haber hallado para mi caso una explicación bien sencilla: entre todos los presentes, me parece que soy quien acumula un mayor bagaje de proximidad con la vida y obra universitarias de AURELIO MENENDEZ. No sé si esta es una razón legitimadora suficiente, pero desde luego es una razón para la íntima satisfacción con que he recibido la encomienda.

Desde nuestro primer encuentro en la Universidad de Oviedo han transcurrido ya cuarenta años –casi una “nadería”– progresivamente ensamblados en una convergente relación personal bien conocida, de la que me he beneficiado ampliamente y que me ha proporcionado el privilegio de profundizar en su rica personalidad. Ahora, cuando los ecos de aquel primer encuentro se entrecruzan con el gozo íntimo que me ha producido la concesión de esta Medalla de Honor, una distinción que le vincula para siempre a esta prestigiosa Universidad junto con tantos otros nombres ilustres y muy especialmente entre ellos con el maestro RODRIGO URÍA de permanente memoria, ahora –digo– querría disponer del tiempo suficiente para glosar como se merecen sus méritos y capacidades. Pero es obvio que he de contener ese comprensible deseo.

* Palabras de “Laudatio” pronunciadas con motivo del Acto de Entrega al Prof. Aurelio Menéndez de la Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Madrid el 15 de octubre de 2003.

** Catedrático de Derecho Mercantil. Universidad Autónoma de Madrid.

Tantos años en la proximidad de AURELIO MENENDEZ requerirían un amplio recorrido por las huellas del servidor del Estado siempre leal y dispuesto, del asturiano impenitente, del amigo entrañable y cabal, del universitario perseverante o del brillante profesional de la abogacía, para tratar de esbozar una semblanza que nos situara en algunas de las abscisas de un modo singular de entender la vida. Tantas ocasiones de quehacer común no podrían dejar en el olvido su devoción por la poesía, la medida de sus costumbres, su sentido solidario de la existencia, su talante conciliador o su gusto por las cosas bien hechas. Tantas horas aprendiendo a su lado exigirían, en fin, una detenida reflexión acerca de su sensibilidad para percibir la dimensión histórica de las instituciones jurídicas, su receptividad frente a la innovación, su permanente actitud renovadora de los propios conocimientos y la lucidez de su comprensión de la función del Derecho. La obligada brevedad del acto que nos congrega no me permite, sin embargo, penetrar en todas estas y otras facetas de su vida para recrearme en la construcción de una detallada semblanza al estilo más tradicional. Y por ello, me limitaré a recordar en síntesis extrema su denso exponente curricular, cuyo buen conocimiento por los aquí presentes me dispensa de mayores detalles, para referirme después a una de aquellas facetas que más directamente entronca con la significación del homenaje que hoy se le rinde: su condición de maestro universitario.

Para esta Universidad Internacional, la primera página de ese curriculum es –según el propio AURELIO MENENDEZ nos evocará– la que en 1949 se abrió cuando fue acogido en ella como becario de sus cursos de verano. Y a esta página se sumarán a lo largo de los años otras muchas escritas como profesor, atraído siempre por la oportunidad de una reflexión estival sobre los propios saberes. Para el Derecho Mercantil español, esa página inicial está indisolublemente unida a aquel primer encuentro en el año 1950 con el Prof. RODRIGO URÍA, que tantas veces le hemos oído relatar y que resultó ser decisivo en su vida. Desde entonces y hasta la que queda impresa en el día de hoy, otras muchas compendian un modo de ser y estar en la vida que se me antoja perseverante en la búsqueda del sentido útil de la existencia.

Son los hitos de una intensa actividad docente que, desde la obtención en 1955 de la Cátedra de Derecho de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Bilbao y hasta fechas muy recientes en su condición de Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid, ha ido acumulando durante más de cuatro décadas un testimonio fácilmente expresivo de la dimensión real de su compromiso vocacional. Son las numerosas páginas que, desde las primeras publicadas en 1951, integran un conjunto verdaderamente modélico de monografías y trabajos de investigación en los que se condensa una producción

científica caracterizada por su rigor metodológico y el interés y utilidad de sus aportaciones, fertilizadas con la experiencia de su práctica forense, plenas de valor creativo y presentes en todos los sectores del Derecho Mercantil. Son, también, las que ha escrito en la Comisión General de Codificación, cuya Sección de Derecho Mercantil preside desde 1978, en una permanente contribución a la modernización del Derecho Mercantil español, a cuyo servicio ha puesto no sólo su particular preocupación por la mejora de la calidad de nuestras leyes y lo mejor de su capacidad de iniciativa y su talante emprendedor, sino también muchas horas de tenaz dedicación a los trabajos prelegislativos que han modelado el nuevo rostro de ese sector de nuestro ordenamiento jurídico. Son, en fin, aquellas otras que han sido escritas desde su constante disponibilidad para asumir responsabilidades públicas, enraizada en su recto entendimiento del sentido cívico del servicio al Estado, que le ha llevado, como es bien conocido, a desempeñar durante varios años el Decanato fundacional de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid, a asumir el Ministerio de Educación y Ciencia en un momento particularmente delicado de nuestra reciente historia, a aceptar en 1978 su incorporación al Tribunal Constitucional y que le mantiene aún ahora en la alta función consultiva del Consejo de Estado. Son todos ellos, en definitiva, jalones de una biografía entrelazada con tantas y tantas pequeñas páginas de un proyecto vital siempre abierto al buen hacer y merecidamente orlada, entre otros reconocimientos, con los doctorados “honoris causa” por las Universidades Carlos III de Madrid y su tan querida Universidad de Oviedo o el nombramiento como Decano-honorario de la Facultad de Derecho de la Autónoma de Madrid, con su elección como Académico de Jurisprudencia y Legislación y con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.

En la síntesis de este abigarrado detalle curricular, en el que alguno de sus discípulos ha querido ver “una continuidad maravillosa, casi milagrosa, entre la ciencia del derecho, la enseñanza del derecho, la política del derecho y la práctica del derecho” (PAZ-ARES), emerge, a mi modo de ver, la inevitable identificación de AURELIO MENENDEZ como un auténtico maestro. Al referirme ahora a ella, no me resisto a recordar unas frases que hace algún tiempo recogí del homenaje a un ilustre profesor universitario. “Un cristal –se decía– es el paradigma del rigor, del orden, de la transparencia, de la forma y del color hermosos: un producto casi perfecto de la Sabiduría, donde Dios dejó sólo los necesarios defectos para que no le falte camino de perfección; y, también, para que podamos explicarnos cómo se puede cambiar de forma de estar sin perder los atributos del ser. Un maestro tiene bastante de cristal. Además de lo dicho, tuvo la voluntad de serlo, usó la razón; se sabe cómo es, y entiende cómo y hasta dónde va a crecer y para quien. Lo mismo que un cristal, el maestro crece captando

átomos en soluciones de saberes, en atmósferas de escuela”. Hasta aquí, la cita; bellas y certeras palabras que resumen esa ilusión que a algunos de los aquí presentes nos ha conducido al mundo de la Universidad y describen, también, una realidad que más de uno no lograremos alcanzar a pesar de desearlo. Porque para lograrlo, tal vez sea preciso tener bastante de cristal.

Este es, sin embargo, el legado que en vida nos está dejando AURELIO MENENDEZ, a quien alguno de sus discípulos (SANCHEZ ANDRES) ha calificado como el “alfa y omega” de todos sus maestros. Un magisterio pleno de certidumbre como docente, como investigador y como generador de una escuela, reflejando y refractando saberes, con un sentido polarizador de la docencia, buscando la diafanidad en el trabajo científico y aceptando la individualidad y el isomorfismo en el seno de una escuela. En cierto modo, como un cristal que ha querido serlo; como decantación cristalizada de una irrefrenable tendencia a proyectar sobre los demás sus vivencias, sus creencias y sus saberes, que supera ampliamente el marco universitario entre el que ha discurrido buena parte de su diario quehacer.

De la claridad de su pensamiento, el rigor y sencillez de la exposición y el afán de comunicar sus conocimientos, pueden dar buena fe los millares de alumnos que han recibido sus enseñanzas –yo entre ellos– y, desde las ocupaciones más insospechadas, recuerdan todavía aquel profesor que tuvieron en Bilbao, Santiago, Salamanca, Oviedo o Madrid. Del nivel científico de su obra investigadora, sus propios trabajos, a los que ya me he referido, constituyen el mejor exponente de una contribución al progreso y renovación del Derecho Mercantil español que goza de general reconocimiento. Y qué podría decir yo del magisterio derramado con generosidad entre tantos profesores universitarios que nos consideramos con orgullo y gratitud sus discípulos...

Diré pocas cosas, para no traicionar más la brevedad prometida, pero sí reiteraré algunas ya dichas en otra memorable ocasión. En primer lugar, que ha sido y sigue siendo un magisterio atractivo en el orden personal, cuidadoso en el respeto de la identidad de cada uno, exigente en la lealtad y honestidad, comprensivo con las debilidades y necesidades humanas, liberal en la aceptación de criterios no coincidentes con los suyos, beligerante en la defensa de sus discípulos y, sobre todo, expresivo de un modo de entender la vida asentado sobre el culto a la verdad y el rigor en el trabajo. Ha sido y sigue siendo, también, un magisterio ejercido desde el respeto y gratitud a quienes, a su vez, fueron sus maestros, cuyas virtudes acostumbra a sublimar mientras disimula sus defectos y que son para él –porque así lo siente– como una parte de su propia historia. Y ha sido, en fin, un magisterio constante, ilusionado, dispuesto en cualquier circunstancia, sentido y vivido con dedicación prioritaria y voca-

cional; un magisterio que –como diría PÉREZ DE AYALA y ya he recordado en alguna otra ocasión– entraba en las almas cautelosamente, a manera del enamorado en la noche, cuando estaban más descuidadas y abiertas al buen sembrador. Tal vez por eso, nos dice con frecuencia que la Universidad –“a la que quiero tanto que no veo sus defectos”– es el lugar donde ha encontrado el sentido de su vida, pues sólo en ella se encuentra a sí mismo. Y tal vez por ello, se ha podido afirmar que “no hay duda de que la Universidad ha sido el refugio más profundo, más seguro, más dulce que ha encontrado AURELIO MENENDEZ para abrigarse de los rigores y de los azares de la vida” (PAZ-ARES).

Ciertamente, y como ya he reseñado, AURELIO MENENDEZ reúne en su denso y completo catálogo curricular muchas más cosas y muy diversos merecimientos. Y sin duda han sido todos ellos los que, unidos a esta condición de maestro universitario, explican este homenaje que hoy le tributa la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Si me he detenido en la explícita referencia a esa condición es porque en la entrega de esta Medalla de Honor que hoy se le hace he querido ver también un homenaje a la Universidad española, tantas veces cuestionada pero con suficientes garantías de sobrevivencia y progreso mientras sea capaz de generar y mantener maestros de esta estirpe. Es bueno, me parece, que sepamos valorar y apreciar la exacta dimensión del magisterio universitario y su cualidad –como todo lo valioso– de bien escaso. Por eso me congratulo de que este acto pueda ser expresivo de la existencia entre nosotros de suficiente sensibilidad para haberla apreciado.

Concluyo ya. Pero no lo haré sin referirme todavía a otro aspecto de la personalidad de AURELIO MENENDEZ en el que resulta inevitable reparar, cual es su hombría de bien. Porque cuando la vida diaria desvela con harta frecuencia las servidumbres del hombre, la reivindicación de la condición humana reclama ubicar en su justo sitio la probidad, la hombría de bien. Quienes por alguna razón –alumnos, discípulos, colaboradores, amigos– hemos tenido la oportunidad de estar en la cercanía de AURELIO sabemos mucho de la amabilidad de su acogida, la exquisitez de su trato, su talante receptivo ante los problemas personales, su actitud dialogante y, sobre todo, la honestidad de su conducta. Ese modo de hacer las cosas con primacía de la ética, sentido de la moderación y disponibilidad para los semejantes es como una huella marcada en el pavimento de su propia vida, de la que es imposible prescindir para rastrearla. Es, en fin, otro legado que nos entrega y por el que entiendo que esta Universidad también le expresa hoy su reconocimiento.

Estoy seguro de que, por todo ello, se siente ahora feliz entre nosotros. Pero para comprender este sentimiento, tal vez sea necesario recordar –no es

la primera vez que así lo hago— un dato de su biografía que no por ser un secreto a voces debe ser obviado en esta ocasión. “Creo que la felicidad —escribía FLAUBERT en sus Pensamientos— se puede hallar, siempre que se sea hombre de bien, al lado de una buena mujer. Lo único difícil, para conseguir este tipo de felicidad, es hallar la buena mujer y ser, a la vez, hombre de bien”. Hace ya muchos años que AURELIO MENENDEZ halló en MERCEDES esa buena mujer. La esposa sencilla, recia de espíritu, capaz de poner bálsamo en la vida cotidiana, compañera inseparable de las horas difíciles y armazón de la estabilidad familiar. Si soy merecedor de alguna gratitud, nos tiene dicho AURELIO a sus discípulos, “se debe a ella, compañera sacrificada y permanente animadora de cuanto he querido hacer en y por la enseñanza, en y por la Universidad desde que tenía diecisiete años”. Es, pues, la hora de hacer a MERCEDES partícipe de este acto de hoy. Tantas vivencias a su lado, esclarecen muchas cosas de la vida de AURELIO MENENDEZ y, sobre todo, explican que en la conjunción de la hombría de bien con la buena mujer ambos hayan encontrado la felicidad.

Queridos MERCEDES y AURELIO, ¡que la disfrutéis muchos años todavía! Y que esta Medalla de Honor que hoy recibe AURELIO sirva para devolveros algo de lo mucho que a todos nos habéis dado.

Querido Rector: muchas gracias por haberme permitido excederme en el tiempo para decir lo que me parecía obligado decir.